

cuentro que ni os amo como debia, ni amo á mis prójimos por vuestro amor, y todo esto me sucede porque medito poco ó nada en las grandezas de vuestra naturaleza, y ménos aún en las obras de vuestro amor, teniendo al propio tiempo buen cuidado de ocultar mis defectos para aparecer grande y perfecto á los ojos de los hombres. Confieso mi nada, y me acuso de mi arrogancia y altanería, que me ha apartado de vuestro amor: yo sé que debo amaros sobre todas las cosas, y quiero empezar desde hoy á detestar todo lo que os desagrada; sois mi Príncipe, de donde me vienen las riquezas de la gracia; mi médico, de quien procede mi salud y mi vida, y mi maestro, que destruye mi ignorancia y disipa mis errores. ¡Bendita sea la infinita Bondad, á quien somos deudores de cuanto tenemos! Amémosla, pues, para vivir unidos á este Dios amantísimo, y si queremos continuar siempre en su amistad, seamos humildes.

MEDITACION VIII.

Jesucristo da gracias despues de la cena, y sale hácia el huerto de Getsemaní.

Habiendo llegado el momento en que Jesus se iba á entregar á sus enemigos, se preparó al último viaje que haria con sus discípulos, diciéndoles estas palabras: «Para que el mundo conozca que amo al Padre, y como me dió el mandamiento el Padre, así hago; levantaos y vamos de aquí.» (Joan., XIV, vers. 31.) Pero ántes de marchar, Jesus entonó con sus discípulos un himno de alabanza á su eterno Padre, dándole gracias por haber celebrado la última cena, instituido el sacramento de la Eucaristía, y dado al mundo el precepto de la caridad, como el signo con el cual serian caracterizados los que

creyeren en Él. Así cierra Jesucristo el tiempo de su conversacion con los hombres, abriendo sus divinos lábios y recitando en union con sus discípulos los cánticos que el pueblo fiel solia entonar para dar gracias al Altísimo por los favores que recibia de su mano.

Considera el profundo acatamiento con que Jesucristo se humilla, dando gracias á su eterno Padre por todas las obras que ha realizado; jamás ha obrado prodigio alguno sin que haya mediado el agradecimiento á las bondades divinas; jamás ha tomado refaccion, ni sueño, ni descanso sin dar gracias al cielo; pero en ocasiones dadas lo ha hecho con cierta solemnidad y en presencia del pueblo y de sus discípulos, para que quedase esta accion profundamente impresa en nuestros corazones, y aprendiésemos á dar gracias al Padre por medio del Hijo, confesando en todo lugar que de Él nos vienen todas las cosas, y por Él vivimos y en Él respiramos, siendo, por consiguiente, siempre suyos, ora comamos, ora durmamos. Al multiplicar los panes da gracias públicamente al Dador de todo bien, levantando los ojos al cielo, que es el asiento de su gloria; otro tanto hace cuando resucita á Lázaro; y al instituir el admirable Sacramento, no sólo da Él solo gracias á su Padre, sino que hace que sus discípulos alternen con Él en los suaves acentos con que alaba á Dios por tan insigne beneficio como ha dispensado á los hombres.

Querria Jesucristo desterrar de nuestros corazones la negra ingratitud, crimen que la naturaleza racional, aún con la sola luz de la razon, mira con horror, y que, por consiguiente, es infinitamente aborrecido y detestado de Dios. Por eso ha dado gracias á su Padre en cuantas ocasiones ha mostrado de un modo especial la fuerza de su poder, para enseñarnos con su ejemplo á ser reconocidos á las bondades divinas, y no dejar pasar un solo dia sin entonar un cántico de alabanza y bendicion al cielo por

los beneficios que nos hace. Sin embargo, en esta ocasion Jesucristo se expresa más claramente, y así como el fuego del amor que nos tenía se dilató en cierto modo al instituir la sagrada Eucaristía, así la ternura de su afecto hácia su Padre se manifestó más ostensiblemente al darle gracias con cierta solemnidad. Tal era el gozo que extasiaba su corazon divino. ¿Y por qué tanto gozo? Porque habia hecho participantes á los hombres del convite de los ángeles, dándoles á comer su cuerpo, y porque habia dado á los Apóstoles la facultad de hacer otro tanto hasta la consumacion de los siglos, confiriéndoles imperio sobre su cuerpo natural, para que lo consagrasen y lo repartiesen tambien á sus hermanos.

Estamos, pues, obligados á dar gracias al Señor por sus misericordias, y no debiéramos ser tan ingratos como somos, pues vivimos olvidados de los beneficios de Dios, y cuando nos acercamos á la sagrada mesa, apenas empleamos algunos momentos en meditar la grandeza del beneficio recibido. ¡Cuán insensato he sido yo hasta hoy! He agradecido á los mundanos cualquier pequeñez que me hayan dado, por no sonrojarme con la nota de ingrato, y debiendo á Dios tantos y tan imponderables favores, léjos de darle gracias, lo he ultrajado con mis pecados. Entre tanto, no hay una sola criatura irracional que á su modo no bendiga á su Criador, enseñando al hombre que con mayor motivo debe de hacerlo él. Desde el astro más resplandeciente del cielo hasta el reptil más insignificante de la tierra, nada se mueve, nada respira, nada pulula, nada deja oír su voz, sin que tome parte en el cántico universal con que toda la naturaleza visible ensalza á su Criador, aunque no lo conoce. ¿Y será posible que sólo el hombre calle? ¿El hombre, para quien Dios crió todas estas bellezas celestiales y terrenas? ¿El hombre, por quien Dios se humilló hasta morir en una cruz? ¿Sólo el hombre no bendice á su Criador?

Si pretendemos ser algun dia moradores de la pátria celestial, es preciso que miéntras estemos en este mundo imitemos á los Santos; éstos eran tan agradecidos á las misericordias del Señor, que dia y noche no hacian más que bendecirlo; y en el cielo no hacen otra cosa que continuar el cántico de alabanzas, que siempre es nuevo, porque jamás se hartan de dar gracias á Dios. En vista de estos ejemplos, no puede uno ménos de avergonzarse, considerando que en vez de haber agradecido á Dios los beneficios sin número que nos ha hecho, lo hemos ultrajado infinitamente con nuestros pecados. Prometamos, por tanto, al Señor no faltar en ningun momento de nuestra vida á la gratitud debida á sus favores, pues haciéndolo nosotros así, Dios multiplicará en nosotros sus dones, y nos sentiremos cada dia más fuertes para despreciar á un mundo que nos incita á ser desagradecidos al Criador, privándonos de su amor y de sus recompensas, miéntras él nos pagará, si le servimos, por nuestra desgracia, con la ingratitud, y nos mirará con menosprecio cuando no seamos útiles á su loca vanidad.

2.º Despues de haber rezado el himno de alabanzas á su Eterno Padre, Jesucristo, acompañado de sus once discípulos, emprendió la marcha hácia los olivares del huerto de Getsemaní. Muy digno es de meditarse cuanto hacen y dicen los discípulos en este último viaje: todos á porfía se agrupan alrededor de su Santísimo Maestro, deseosos, por una parte, de oír con singular ahinco sus últimas lecciones, y temerosos, por otra, y llenos de terror, porque saben que van á perderlo. ¡Ay! Son como los polluelos, que al sentir un ruido extraño se apresuran á cubrirse bajo las alas de la gallina, apretándose unos á otros, y disputándose con igual amor y temor la primacía de la más íntima proximidad. Así va caminando la sagrada compañía hasta atravesar el torrente del Cedron y llegar al sitio donde Jesus iba á esperar con ánimo hu-

milde y generoso á la turba, que se aprestaba para ir á buscarlo y prenderlo.

«Todos vosotros, les dice Jesus al empezar á andar, padecereis escándalo en mí esta noche, porque escrito está: heriré al Pastor y se descarriarán las ovejas del rebaño.» (Math., xxvi, 31.) Apenas oyeron los discípulos estas palabras, comprendiendo lo que el Divino Maestro queria significarles, salió de sus corazones con toda la vehemencia del amor aquella protestacion, digna por cierto de mejores resultados, de que todos estaban dispuestos, no sólo á no departirse de su lado, sino tambien á morir con Él. (Marc., xiv, 31.) En efecto: habian recibido dentro de sus pechos el pan de los ángeles, y se hallaban por aquellos momentos inflamados en amor de su Maestro divino; sin embargo, como aún no conocian todas las astucias del enemigo y habia en ellos algun resto de miras ambiciosas, pues hacía pocos momentos que se habia suscitado entre ellos la cuestion de la supremacía, no veian que unian al deseo de oír las palabras de su Maestro, una demasiada confianza en sí mismos, como si pudieran ellos con sus propias fuerzas lo que únicamente alcanza el hombre con la ayuda de la gracia divina. Pocas horas despues una triste experiencia enseñó á los discípulos que no basta agruparse alrededor del Maestro y oír su voz, si no está uno fundado en la humildad, desconfiando de sí y fiándose únicamente en la gracia celestial.

El orgullo es el enemigo capital de la fé. (S. Agust., lib. v *De Civ. Dei*, cap. xiv.) Los discípulos, en los momentos de entusiasmo, creyeron que era cosa fácil ir á la cárcel y á la muerte con su Divino Preceptor; habia en ellos amor y fervor, pero tambien hubo presuncion, pues prometian hacer lo que no les era posible con sus propias fuerzas. ¿Y no es ésta la causa de nuestras muchas caidas? Presumimos de nosotros mismos, y no nos hu-

millamos en la presencia de Dios, y creyéndonos capaces de combatir, al primer paso que damos caemos, porque nos falta el cimiento, que es la humildad. Al oír los discípulos que muy pronto serian probados con una fuerte tentacion, debian de haberse humillado, implorando la ayuda de su Maestro para salir victoriosos; léjos de hacerlo, responden con la mayor prontitud que se dejarán llevar á la cárcel y padecerán la muerte ántes que dejar de confesar su fé. Su divino consejero les habia enseñado que orasen pidiendo la gracia al Padre, que se la daria en las tribulaciones; al poco, ven el ejemplo que les da el Maestro, rogando con humildad profundísima, y miéntras Él ora, ellos duermen. ¡Ah! De este orgullo nació la apatía y abandono de la oracion, y de aquí la fuga de todos cuando sobrevino el peligro.

Lo que fueron los Apóstoles en estos momentos, somos todos los hombres cuando, creyendo que podemos algo sin contar con la gracia, nos engreimos de nuestras fuerzas. ¿Quién no tiembla al saber que en tiempo de las persecuciones, muchos se presentaron inoportunamente ante los tiranos, desafiándolos en nombre de Cristo y despreciando sus tormentos, y al poco apostataron de la fé? Es la presuncion el principio de todos los males: si queremos evitar las caidas, hemos de empezar por conocer nuestra miseria y por pedir al Señor que nos dé sus auxilios. Y si los discípulos que se disputaban la dicha de acercarse más y más á Jesus para oír sus palabras tuvieron la desgracia de caer al poco por fiarse demasiado de sí mismos, ¿qué suerte será la de aquellos que se apartan del lado de este Maestro celesial, por dar oídos á maestros de perdicion?

¡Ay! No bastan dos ojos para llorar la triste suerte de los cristianos de estos tiempos, que, arrebatados por una especie de vértigo, van hambrientos en pós de doctrinas corruptoras; esos libros que se leen cada dia con una án-

sia devoradora, en cuyas páginas no se leen sino máximas inmorales revestidas y engalanadas con elegancia, y medio disimuladas con una fraseología exquisita: esas producciones de la razón individual con desprecio de la Autoridad divina, únicamente entregada por el mismo Jesucristo á la Iglesia católica, en las cuales los misterios más sublimes son ridiculizados, y se pone en duda lo más sagrado, ¿prepararán acaso tu corazón á la humildad y tu entendimiento á la sumisión que Dios exige de tí? Aun cuando nos humillamos y anonadamos ante el Señor, todavía las tentaciones contra la fé no cesan de querer combatir nuestro espíritu; aun dado caso que estemos al lado de Jesús mientras somos peregrinos en este mundo, la carne, el mismo mundo y el demonio nos agitan sin cesar, para ver si nos arrancan de su lado. Si uno se expone á los peligros de las lecturas emponzoñadas de sensualismo y de errores, ¿á dónde irá á parar? Reflexiona, alma cristiana, para que arrojes de tí esos libros perniciosos, y te dediques á estudiar la verdad en la fuente divina del Evangelio, reconociendo tu debilidad, y la necesidad, no sólo del magisterio de Jesucristo, sino de su gracia para empezar, continuar y concluir el bien.

3.º Un fervor tan grande cual manifestaban los Apóstoles de hallarse prontos á ir á la cárcel con Jesús y morir por Él, no podía ménos de ser ocasión para que el divino Maestro les diese nuevas lecciones, por las cuales aprendiesen que precisamente era ésta la suerte que les esperaba en el mundo, no debiendo de ser el siervo más que su Señor, ni el Apóstol superior al que lo envía. (Joan., XIII, 16.) «Cuando os sucedan, les dice, las cosas que os predigo, os acordareis que yo os lo dije. Os echarán de las sinagogas: mas viene la hora en que cualquiera que os mate pensará que hace un servicio á Dios. Y os harán esto, porque no conocieron al Padre ni á mí.» (Joan., XVI, 2, 3, 4.) «En verdad en verdad os digo que vosotros

llorareis y gemireis, mas el mundo se gozará. En el mundo tendreis apretura: pero tened confianza, que yo he venido al mundo.» (Vers. 20-33.) Con este razonamiento va Jesús recordando á sus discípulos lo que tantas veces les habia inculcado, siendo estas palabras las últimas que el Pastor celestial dirige á su grey, que en breve va á dispersarse.

Considera que nada descubre más á las claras que somos discípulos de Jesucristo, que las persecuciones que sufrimos por su nombre, pues en el mundo no hallan los que verdaderamente siguen á Cristo sino aflicciones, angustias, trabajos y menosprecios. Porque el mundo no ama sino á los que son suyos y siguen sus máximas, y á éstos acaricia con honores y halaga con riquezas; mas á los discípulos de Jesús los mira como miró al divino Maestro la Sinagoga, como á un objeto vil y despreciable, y como á un enemigo de su felicidad. Su sola presencia le es intolerable, porque su vida es un reprensor de los vicios: así los persigue abiertamente como á perturbadores de su falsa paz, maquinando su extinción, afrentándolos y calumniándolos, ó con manejos ocultos les prepara asechanzas para sorprenderlos, los elimina de su consorcio como á hombres degradados, y los confunde con los desechos de la humanidad. Este fué el patrimonio temporal que el mundo dió á la Verdad humanada, y no esperaba otra suerte á los que quisiesen imitarlo.

Pero Jesucristo, al representar á sus discípulos la copa de amargura con que el mundo los habia de abregar, no deja la fragilidad humana entregada á sí misma, porque así nada podría hacer, y sucumbiría al primer encuentro. Primeramente la halaga y exhorta á sufrir con alegría las persecuciones, porque este cáliz lo ha de beber Jesucristo ántes que todos, y ha de ser comun al príncipe y al siervo. (Math., cap. xx, vers. 22.) En segundo, dice á sus discípulos que no les faltará jamás la asistencia de

su Espíritu, quien hablará por su boca cuando sean arrastrados á las audiencias y tribunales mundanos, y los fortificará cuando los azoten en los pretorios, y les proporcionará asilo y amparo cuando se vean precisados á huir de una parte á otra. (Mat., cap. xx, versículos 17 y siguientes.) En tercero, les dice que tengan una confianza omnimoda entre las persecuciones que el mundo les suscite, porque éste ha sido vencido por Él. (Joan., capítulo xvi, vers. 33.) ¡Qué consuelo tan grande para las almas que siguen á Jesus! El cáliz de las amarguras que los enemigos de la verdad hacen beber á los justos, es el mismo que ha apurado el Dios humanado; lo que no sólo es un gran honor, sino una señal de union íntima y ardiente entre los que lo beben con tan cordial simultaneidad: cuando llegue el momento de la tribulacion, Dios estará con los que son atribulados por su nombre, y ni las encrespadas olas los cubrirán, ni las llamas devoradoras los tocarán, aunque anden envueltos entre sus torbellinos. (Isai., cap. xliii, vers. 2.) Triunfarán de cuantos obstáculos les oponga un mundo astuto y perverso, superarán todas las dificultades, y se sobrepondrán á todos sus tormentos, porque la gracia con que pelean es de Jesucristo, y su triunfo es tambien la consecuencia del triunfo que consiguió Jesucristo.

Cuando Jesucristo dirigia á sus discípulos estas palabras, aún no comprendian toda su significacion; y como aún habia en sus corazones algun apego á la tierra, y no estaban perfectamente cimentados en la verdadera humildad, apenas sopló el aquilon de la tempestad, fueron derribados al suelo; pero tan pronto como recibieron la plenitud del Espíritu y sus corazones fueron purificados por el fuego divino, arrojándose enteramente en los brazos de su Maestro, iban contentos á la cárcel, y salian alegres de la sala del Concilio, donde acababan de ser azotados por Jesucristo. (*Actor.*, v, 41.) Considera, pues,

cuál es el estado de tu alma, y cuán léjos estás de ser discípulo de Jesucristo, cuando no has querido sufrir aún nada por su nombre. Dirás que no se ha presentado la ocasion, que ningun tirano te ha obligado á confesar el nombre de Cristo; pero dime: si el caso se presentase, ¿crees que darías tu vida por Jesucristo? ¡Oh juicios del Señor! ¡Cuán incomprensibles son! Posible es que el Señor, que de las piedras puede levantar hijos á Abraham (Lucæ, iii, 8), te diese tanta gracia, que, correspondiendo á ella, te hiciese capaz de morir por su nombre. Mas, entre tanto, advierte que probablemente harías entónces lo que has hecho hasta ahora.

Dices que ningun tirano hay hoy dia enemigo de Cristo. ¿Y qué otra cosa es ese mundo vano en que vivimos? ¿Cómo te conduces con este tirano? ¿Le resistes en sus continuas pretensiones? ¿Has defendido el nombre de Dios, pudiendo hacerlo, cuando en tu presencia lo ha ultrajado? ¿Has cedido á sus halagos? ¿Vas á sus espectáculos, donde sólo se respira orgullo, vanidad é inmodestia? ¿Sigues la corriente con los que murmuran sin cesar de la vida del prójimo, ó tienen la osadía de tratar la Religion de fanatismo, y sus misterios de paradojas? ¿Tienes tu corazon apegado al oro y á las comodidades terrenas? ¡Ay! Como si el Evangelio de Jesucristo hubiese ya prescrito, veo que me he eximido de observar sus preceptos, faltando gravísimamente á la caridad, murmurando con los que murmuraban, y á la justicia, destrozando la fama de mis hermanos con las lenguas dolosas; advierto que he callado cuando la impiedad mordía cruelmente la Religion y ultrajaba á sus ministros; y todo esto lo he hecho por no disgustarme con un mundo cuya vanidad me ha obcecado. ¡Oh Dios mio! Conozco que mis pasos me conducen á la perdicion; no he querido hasta hoy padecer nada por vuestro amor, ni resistir á esa persecucion clara y manifiesta con que el mundo

os hace la guerra. Pero os pido la gracia que necesito para romper con este enemigo, huyendo de sus reuniones profanas, detestando su lujo y sus sensualidades, aborreciendo sus doctrinas y huyendo de él, pues con vuestros auxilios no temeré ni sus desprecios, ni sus desdenes, ni cuanto mal quiera suscitar contra mí, con tal que sea por la confesion de vuestro nombre y la profesion de vuestra sagrada doctrina.

MEDITACION IX.

Jesus ora en el huerto de Getsemaní.

1.º Tenía Jesucristo por costumbre retirarse por la noche al monte Olivete, donde se entregaba á la oracion, despues de haber empleado el dia en enseñar al pueblo en el templo. (Lucæ, xxi, 37.) Este paraje era muy conocido al traidor Judas, como que habria pasado muchas noches en él cerca de su Maestro; y para darnos una prueba de que se entregaba á la muerte por su propia voluntad, se dirige al mismo sitio donde lo encontrará infaliblemente el discípulo aleve, que muy en breve vendrá acompañado de satélites y soldados. Porque si Jesucristo hubiese querido evadirse de la trama urdida contra su sagrada persona, no tenía más que irse á pasar la noche á otra parte, y así, áun humanamente hablando, quedaban burladas las esperanzas de sus enemigos. Pero, además del cumplimiento de la profecía de Isaías (LIII, 7), pretendia Jesucristo demostrar á sus discípulos que no por fuerza, sino por su propio querer, iba á dar principio á su pasion en el huerto. (Crisost.: *Hom. LXXXII in Joan.*)

Pero ¿qué va á hacer Jesucristo en el huerto? Sabe que sus discípulos están ansiosos de oir sus últimos consejos, y que, afligidos sus corazones, necesitan de sus

fervientes palabras: sin embargo, apenas ha llegado con ellos al huerto, les dice que se sienten y lo esperen mientras va más al interior de la granja á orar (Math., xxvi, 38); y tomando á tres de ellos, se adelanta hácia la espesura de los olivares á hacer oracion. Parece á primera vista que siendo aquella la última noche que pasaba Jesus con sus discípulos, no debiera separarse de ellos ni un momento, ni abandonarlos en su afliccion. Pero no es así, porque Jesucristo, sin abandonar á los discípulos, que visita varias veces, interrumpiendo con este fin su oracion, no quiere dejar de hacer lo que tiene de costumbre, y acercándose el momento de la tribulacion, va á prepararse á recibirla, conferenciando en la soledad con su eterno Padre y pidiéndole lo que le sea necesario; y con esto instruye á sus discípulos prácticamente, dándoles una leccion elocuente de lo que ellos han de ejecutar en lo sucesivo. Si han de conservar su espíritu, es preciso que, despues de enseñar á la muchedumbre, se retiren del trato de los hombres, y se internen en la soledad á hablar con Dios y templar de nuevo su corazon en la oracion, sin cuya circunstancia se disiparán y debilitarán las fuerzas del alma, y dejarán de ser la sal de la tierra; y les es tan necesaria esta abstraccion diaria del bullicio del mundo, que por grandes que sean las ocupaciones, por premurosos que parezcan los negocios, nada deben hacer sin prepararse con la oracion.

Jesus va á orar en el huerto: su espíritu se empieza á turbar tan pronto como entra en este sitio, porque en él da principio su Pasion, y quiere buscar en la soledad y en la oracion lo que no le podian dar los hombres desde el punto en que por un misterio incomprensible quiso que su humanidad santísima se viese como abandonada á sí misma y sintiese todo el peso de la debilidad propia del hombre. Esta turbacion de Jesus y su inmediata aplicacion á la oracion para buscar la calma y tranquili-